

y nombre, así se aventajase en condición, nobleza, liberalidad, y otras virtudes y obras buenas; que sustentase la religión, que defendiese la patria, que amparase los suyos, que destruyese los enemigos, que no fuese cobarde, y en la guerra que fuese como águila ó tigre, pues por eso le agujeraba con sus uñas y huesos la nariz, que es lo mas alto y señalado de la cara, donde está la vergüenza del hombre. Dábale tras esto otro nombre, y despediale con bendición. Los señores y convidados forasteros y naturales se sentaban á comer en el patio, y los ciudadanos también cantaban conforme á la fiesta, y bailaban el netotiliztli. La comida era muy abastada de toda suerte de viandas, mucha caza y volatería; ca de solos gallipavos se comían á yantar mil, y mil y quinientos. No hay número de las codornices que allí se gastaban, ni de los conejos, liebres, venados, perrillos capados y cebones. También servían culebras, víboras y otras serpientes guisadas con mucho ají; cosa que parece increíble, pero es cierta. No quiero decir las muchas frutas, las guirnaldas de flores, los mazos de rosas y cañutos de perfumes que ponían en las mesas; pero digo que gentilmente se embeodaban con aquellos sus vinos. En fin, en semejantes fiestas no había pariente pobre. Daban á los señores tecuittles y principales convidados plumajes, mantas, tocás, zapatos, bezotes, y orejeras de oro ó plata ó piedras de precio. Esto era mas ó menos, según la riqueza y ánimo del nuevo tecuittli, y conforme á las personas que se daba. También hacía grandes ofrendas al templo y á los sacerdotes. El tecuittli se ponía en los agujeros de la nariz que le hizo el sacerdote, granillos de oro, perlezuellas, turquesas, esmeraldas y otras piedras preciosas; ca en aquello se conocían y diferenciaban de los otros los tales caballeros. Atábanse los cabellos en la guerra á la coronilla. Era primero en los votos, en los asientos y presentes; era el principal en los banquetes y fiestas, en la guerra y en la paz, y podía traer tras de sí un banquillo para sentarse do quiera que le pluguiese. Este ditado tenían Xicotencatl y Maxíca, que fué gran amigo de Cortés, y por eso eran capitanes, y tan preeminentes personas en Tlaxcallan y su tierra.

Lo que sienten del ánimo.

Bien pensaban estos mejicanos que las ánimas eran inmortales, y que penaban ó gozaban según vivieron, y toda su religión á esto se encaminaba; pero donde mas claramente lo mostraban, era en los mortuorios. Tenían que había nueve lugares en la tierra donde iban á morar los difuntos: uno junto al sol, y que los hombres buenos, los muertos en batalla y sacrificados iban á la casa del sol, y que los malos se quedaban acá en la tierra, y repartíanse desta manera: los niños y mal paridos iban á un lugar, los que morían de vejez ó enfermedad iban á otro, los que morían súbita y arrebatadamente iban á otro, los muertos de heridas y mal pegajoso iban á otro, los ahogados á otro, los justiciados por delitos, como eran hurto y adulterio, á otro; los que mataban á sus padres, hijos y mujeres, tenían casa por sí. También estaban por su cabo los que mataban al señor y á sacerdote alguno. La gente menuda comunemente se enterraba. Los señores y ricos hombres se

quemaban, y quemados, los sepultaban. En las mortajas había gran diferencia, y mas vestidos iban muertos que anduvieron vivos. Amortajaban las mujeres de otra manera que á los hombres, ni que á los niños. Al que moría por adúltero vestían como al dios de la lujuria, dicho Tlazolteuhtli; al ahogado, como á Tlaloc, dios del agua; al borracho, como á Omotechtli, dios del vino; al soldado, como á Vitcolopuchtlí; y finalmente, á cada oficial daban el traje del idolo de aquel oficio.

Enterramiento de los reyes.

Cuando enferma el rey de Méjico ponen máscaras á Tezcatlipuca ó Vitcolopuchtlí, ó á otro idolo, y no se la quitan hasta que ó sana ó muere. Cuando espiraba enviábanlo á decir á todos los pueblos de su reino para que lo llorasen, y á llamar los señores que le eran parientes y amigos, y que podían venir á las honras dentro de cuatro días; que los vasallos ya estaban allí. Ponían el cuerpo sobre una estera, velábanlo cuatro noches gimiendo y plañiendo. Lavábanlo, cortábanle una guedeja de cabellos de la coronilla, y guardábanlos, diciendo que en ellos quedaba la memoria de su ánimo. Metíanle en la boca una fina esmeralda; amortajábanle con deciseiete mantas muy ricas y muy labradas de colores, y sobre todas ellas iba la devisa de Vitcolopuchtlí ó Tezcatlipuca, ó la de algun otro idolo su devoto, ó la del dios en cuyo templo se mandaba enterrar. Poníanle una máscara muy pintada de diablos, y muchas joyas, piedras y perlas. Mataban luego allí el esclavo lampareo, que tenía cargo de hacer lumbré y sahumerios á los dioses de palacio, y con tanto llevaban el cuerpo al templo. Unos iban llorando y otros cantando la muerte del Rey; que tal era su costumbre. Los señores, los caballeros y criados del difunto llevaban rodela, flechas, mazas, banderas, penachos y otras cosas así, para echar en la hoguera. Recebíanlos el gran sacerdote con toda su clerecía á la puerta del patio, en tono triste; decía ciertas palabras, y haciale echar en un gran fuego que para lo quemar estaba hecho, con todas las joyas que tenía. Echaban también á quemar todas las armas, plumajes y banderas con que le honraban, y un perro que lo guiase adonde había de ir, muerto primero con una flecha que le atravesase el pescuezo. Entre tanto que ardía la hoguera, y quemaban al Rey y el perro, sacrificaban los sacerdotes docientas personas, aunque en esto no había tasa ni ordinario. Abríanlos por el pecho, sacábanles los corazones, y arrojábanlos en el fuego del señor, y luego echaban los cuerpos en un carnero. Estos, así muertos por honra y para servicio de su amo, como ellos dicen, en el otro siglo, eran por la mayor parte esclavos del muerto y de algunos señores que se los ofrescían; otros eran enanos, otros contrechos, otros monstruosos, y algunas eran mujeres. Ponían al difunto en casa, y en el templo muchas rosas y flores, y muchas cosas de comer y de beber, y nadie las tocaba sino sacerdotes, ca debía ser ofrenda. Otro día cogían la ceniza del quemado, y los dientes, que nunca se quemaban, y la esmeralda que llevaba á la boca; todo lo cual metían en una arca pintada por dentro de figuras endiabladas, con la guedeja de cabellos, y con otros pocos cabellos que cuando nació le cortaron, y tenían guar-

dados para esto. Carrabanla muy bien, y ponían encima della una inágen de palo, hecha y ataviada al proprio como el difunto. Duraban las obsequias cuatro días, en los cuales llevaban grandes ofrendas las hijas y mujeres del muerto, y otras personas, y poníanlas donde fué quemado y delante la arca y figura. Al cuarto día mataban por su alma quince esclavos, ó mas ó menos, según que les parecía; á los veinte días mataban cinco; á los sesenta, tres; á los ochenta, que era como cabo de año, nueve.

De cómo quemar para enterrar los reyes de Michuacan.

El rey de Michuacan, que era grandísimo señor, y que competía con el de Méjico, cuando estaba muy á la muerte y desfuzado de los médicos, nombraba al hijo que quería por rey; el cual luego llamaba todos los señores del reino, gobernadores, capitanes y valientes soldados que tenían cargos de su padre, para enterralle; al que no venía castigábale como á traidor. Todos venían, y le traían presentes, que era como aprobación del reinado. Si el Rey estaba enfermo en artículo de muerte, cerraban las puertas de la sala porque ninguno entrase allá. Ponían la devisa, silla y armas reales en un portal del patio de palacio, para que allí se recogiesen los señores y los otros caballeros. En muriendo alzaban todos ellos y los demás un gran llanto, entraban do estaba su rey muerto, tocábanle con las manos, bañábanlo con agua olorosa, vestíanle una camisa muy delgada, calzábanle unos zapatos de venado, que es el calzado de aquellos reyes; atábanle cascabeles de oro á los tobillos, poníanle ajorcas de turquesas en las muñecas, en los brazos braceletes de oro, en la garganta gargantillas de turquesas y otras piedras, en las orejas cercillos de oro, en el bezo un bezote de turquesas, y á las espaldas un gran trenzado de muy liada pluma verde. Echábanle en unas anchas andas, que tenían una muy buena cama; poníanle al un lado un arco y un carcax de piel de tigre, con muchas flechas; y al otro un bulto tamaño como él, hecho de mantas finas, á manera de muñeca, que llevaba un grande plumaje de plumas verdes, largas y de precio. Llevaba su trenzado, zapatos, braceletes y collar de oro. Entre tanto que unos hacían esto, lavaban otros á las mujeres y hombres que habían de ser muertos para acompañar el Rey al infierno. Dábanles muy bien de comer, y emborrachábanlos para que no sintiesen mucho la muerte. El nuevo señor señalaba las personas que habían de ir á servir al Rey su padre, porque muchos no holgaban de tanta honra y favor; aunque algunos había tan simples ó engañados, que tenían por gloriosa muerte aquella. Eran principalmente siete mujeres nobles y señoras: una para que llevase todos los bezotes, arracadas, manillas, collares y otras joyas así ricas, que solía ponerse el muerto; otra era para coquera, otra que le sirviese aguamanos, otra que le diese el orinal, otra por cocinera, y la otra por lavandera. También mataban otras muchas esclavas, y mozas de servicio, que eran libres. No lleva cuenta los hombres esclavos y libres que mataban el día del enterrorio del Rey, ca mataban uno y aun mas de cada oficio. Limpios pues estos escogidos, hartos y beodos, se tenían los rostros de amarillo, y se ponían en las cabezas sen-

das guirnaldas de flores, ó iban como en procesion delante del cuerpo muerto, unos tañendo caracoles, otros huesos, otros en conchas de tortugas, otros chillando, y creo que todos llorando. Los hijos del muerto y los señores principales tomaban en hombros las andas, y caminaban paso á paso al templo de su dios Curicaneri; los parientes rodeaban las andas y cantaban ciertos cantares tristes y revesados; los criados, los hombres valientes, y de cargos de justicia ó guerra, llevaban ventalles, pendones y diversas armas. Salían de palacio á media noche con grandes tizonas de teta y con grandísimo ruido de trompetas y atabales. Los vecinos de las calles por do pasaban, barriaban y regaban muy bien el suelo. En llegando al templo daban cuatro vueltas á una hacina de leña de pino, que tenían hecha para quemar el cuerpo; echaban las andas encima del monton de leña, y poníanle fuego por debajo; y como era seca, presto ardía. Achocaban entre tanto los enguirnaldados con porras, y enterrábanlos de cuatro en cuatro con los vestidos y cosas que llevaban, detrás del templo, á raíz de las paredes. En amaneciendo, que ya el fuego era muerto, cogían la ceniza, huesos, piedras y oro derretido en una rica manta; é iban con ello á la puerta del templo; salían los sacerdotes, bendecían las endemoniadas reliquias, envolíanlas en aquella y en otras mantas, hacían una muñeca, vestíanla muy bien como hombre, poníanle máscara, plumaje, cercillos, sartales, sortijas, bezotes y cascabeles de oro; arco, flechas, y una rodela de oro y pluma á las espaldas, que parecía un idolo muy compuesto. Abrían luego una sepultura al pié de las gradas, ancha y cuadrada, y honda dos estados; emparamentábanla de esteras nuevas y buenas por todas cuatro paredes y el suelo; armaban dentro una cama, entraba cargado de la muñeca un religioso, cuyo oficio era tomar á cuestras los dioses, y tendíala en la cama con los ojos hácia levante. Colgaba muchas rodela de oro y plata sobre las esteras, y muchos penachos, saetas y algun arco. Arriamaba tinajas, ollas, jarros y platos. En fin, él hinchía la huesa de arcas encoradas, con ropa y joyas, de comida y de armas. Salíanse, y cerraban el hoyo con vigas y tablas, echábanle por encima un suelo de barro, y con tanto se iban. Lavábanse mucho todos aquellos señores y personas que habían llegado al sepultado, y hecho algo en el enterramiento, y luego comían en el patio de palacio, asentados, pero sin mesa. Alimpiábanse con sendos copos de algodón. Tenían las cabezas bajas, estaban mustios, y no hablaban sino « Dame á beber ». Esto les duraba cinco días, y en todos ellos no se encendía fuego en casa ninguna de aquella ciudad Chincicila, si no era en palacio y en templos; ni se molía maíz sobre piedra, ni se hacía mercado, ni andaban por las calles; y en fin, hacían todo el sentimiento posible por la muerte de su señor.

De los niños.

Es costumbre en esta tierra saludar al niño recién nacido, diciendo: « ¡ Oh criatura! ¡ Ah chiquito! Venido eres al mundo á padecer; sufre, padesce y calla. » Pónenle luego un poco de cal viva en las rodillas, como quien dice: « Vivo eres, pero morir tienes, ó por muchos

trabajos has de ser tornado polvo como esta cal, que piedra era. Regocijaron aquel día con bailes y cantares y colacion.

Era general costumbre no dar leche las madres á sus hijos el primer día todo entero que nacian, porque con la hambre tomasen después la teta de mejor gana y apetito; pero mamaban ordinariamente cuatro años arreo, y tierras habia que doce. Las cunas son de cañas ó palillos muy livianos, por no hacer pesada la carga. Tambien se los echan las madres y amas al cuello sobre las espaldas, con una mantilla que les toma todo el cuerpo, y que se la atan ellas á los pechos por las puntas, y de aquella manera los llevan camino, y les dan la teta por el hombro; huyen de empreñarse criando, y la viuda no se casa hasta destetar el hijo; que mal contado les era lo contrario haciendo.

En algunas partes zabullen los niños en albercas ó fuentes ó rios ó en tinajas el primer día que nacen, por les endurecer el cuero y carne, ó quizá por lavarles la sangre, hedor y suciedad que sacan del vientre de las madres; la cual costumbre algunas naciones de por acá la tuvieron. Hecho esto, les ponen, si es varon, una saeta en la mano derecha, y si hembra, un huso ó una lanzadera, denotando que se habian de valer, él por las armas, y ella por la rueca.

En otros pueblos bañaban las criaturas á los siete dias, y en otros á los diez que nacieron; y allí ponian al hombre una rodela en la izquierda y una flecha en la derecha. A la mujer ponian una escoba, para entender que el uno ha de mandar y el otro obedecer. En este lavatorio les ponian nombre, no como querian, sino el del mismo día en que nacieron; y dende á tres meses suyos, que son de los nuestros dos, los llevaban al templo, donde un sacerdote que tenia la cuenta y ciencia del calendario y signos, les daba otro sobrenombre, haciendo muchas ceremonias, y declaraba las gracias y virtudes del ídolo cuyo nombre les ponía, pronosticándoles buenos hados. Comian estos tales dias muy bien, bebían mejor, y no era buen convidado el que no salia borracho. Sin estos nombres de los dias siete y sesenta, tomaban algunos señores otro, como era de Tecuitli y Pilli; mas esto acontecia raras veces.

El castigo de los hijos toca á los padres, y el de las hijas á las madres. Azótalos con hortigas, dánles humo á narices, estando colgados de los piés; atan á las mochachas de los tobillos, porque no salgan fuera de casa; hiérenlas en el labio y pico de la lengua, por la mentira; son muy apasionados por mentir todos estos indios, y por enmienda y por quitarlos deste vicio ordenó Quetzalcoatl el sacrificio de la lengua. Caro les costó á muchos el mentir al principio que nuestros españoles ganaron la tierra; porque, preguntados dónde habia oro y sepulturas ricas, decian que en tal y tal cabo; y como no se hallase por mas que cavaban, descoyuntábanlos á tormentos y golpes, y aun los aperreaban.

Los pobres enseñaban á sus hijos sus oficios, no porque no tuviesen libertad para mostralles otro, sino porque los aprendiesen sin gastar con ellos. Los ricos, en especial caballeros y señores, enviaban á los templos sus hijos como habian cinco años, y á esta causa habia tantos hombres en cada templo, cuantos en otra parte

dije. Allí habia un maestro para doctrinallos; tenia esta congregacion de mancebos tierras propias en que coger pan y fruta; tenia sus estatutos, como decir, ayunar tantos dias de cada mes, sangrarse las fiestas, rezar, y no salir sin licencia.

#### Encerramiento de mujeres.

A las espaldas de los templos grandes de cada ciudad habia una muy gran sala y aposento por sí, donde comian, dormian y hacian su vida muchas mujeres; y aunque las tales salas no tenian puerta, porque no las usan, están seguras. Bien que nuestros españoles lablaban lo que pensaban de aquella abertura y libertad, sabiendo que aun do hay puertas saltan los hombres paredes. Diversas intenciones y fines tenian las que dormian en casas de los dioses; pero ninguna dellas entraba para estar allí toda su vida, aunque habia entrelas mujeres viejas. Unas entraban allí por enfermedades, otras por necesidad, y otras por ser buenas. Algunas porque los dioses les diesen riquezas, muchas porque les diesen larga vida, y todas porque les diesen buenos maridos y muchos hijos. Prometian de servir y estar en el templo un año, y dos, y tres, ó mas tiempo, y después casábanse. Lo primero que hacian luego en entrando era tresquilarse, á diferencia de las otras, ó porque los ministros del mismo templo traian cabellos. Su oficio era hilar algodón y pluma, y tejer mantas para sí y para los ídolos, barrer el patio y salas del templo; que las gradas y capillas altas los ministros las barrían. Tenian sus ciertas sangrías del cuerpo con que aplacer al diablo; iban las fiestas solemnes, ó siendo menester, en procesion con los sacerdotes, ellos por una hilera y ellas por otra; pero no subian las gradas ni cantaban; vivian de por amor de Dios, que sus parientes, y los ricos y devotos, las sustentaban, y les daban carne cocida y pan caliente, que ofreciesen á los ídolos, ca siempre se ofrecia así porque subiese el olor y vaho en alto, y gustasen los dioses; comian en comunidad, y dormian juntas en una sala, como monjas, ó por mejor hablar, como ovejas; no se desnudaban, dicen por honestidad, y por levantarse mas presto á servir los dioses y á trabajar; aunque no sé qué se habian de desnudar las que andaban casi en carnes; bailaban las fiestas ante los dioses, segun el día. La que hablaba ó se reia con algun hombre seglar ó religioso era reprehendida, y la que pecaba con alguno mataban, juntamente con el hombre; tenian que se les habian de podrir las carnes á las que perdian allí su virginidad, y por el miedo del castigo é infamia eran buenas mujeres estando allí; y las que hacian aquel mal recado de su persona, hacian grandísima penitencia y permanecian en la religión.

#### De las muchas mujeres.

Casan especialmente los hombres ricos, y soldados, y los señores, con muchas mujeres; unos con cinco, otros con treinta, quién con ciento, quién con ciento y cincuenta, y tal rey habia que con muchas mas. Por do no es de maravillar que haya en aquella tierra muchos hermanos, todos hijos de un mismo padre, pero no de madre, y así Nezauapilcintli y su padre Nezaualcuyo,

que fueron señores de Tezcucó, tuvieron cada cien hijos, y cada otras tantas hijas. Algunas provincias y generaciones hay, como son chichimecas, mazatecas, otomís y pinoles, que no toman mas de una sola mujer, y aquella no parienta, aunque tambien es verdad que los señores y caballeros toman cuantas quieren, á fuer de Méjico. En unas partes compran las mujeres, en otras las roban, y generalmente las piden á los padres, y esto en dos maneras, ó para mujeres, ó por amigas. Cuatro causas dan para tener tantas mujeres: la primera es el vicio de la carne, en que mucho se deleitan; la segunda es por tener muchos hijos; la tercera por reputacion y servicio; la cuarta es por granjería; y esta postrera usan mas que otros, los hombres de guerra, los de palacio, los holgazanes y táhures; hácenlas trabajar como esclavas, hilando, tejiendo mantas para vender, con que se mantengan y jueguen; casan ellos á los veinte años y aun antes, y ellas á diez. No casan con su madre ni con su hija ni con su hermana; en lo demás poco parentesco guardan; aunque algunos se hallaron casados con sus propias hermanas, cuando venidos al santo bautismo, dejaban las muchas mujeres, y quedaban con sola una; casaban con cuñadas, con las madrastras en quien sus padres no tuvieron hijos; pero dicen que no era lícito. Nezaualcuyo, señor de Tezcucó, mató cuatro de sus hijos porque durmieron con sus madrastras. En Michuacan tomaban por mujer á la suegra, estando casados primero con la hija, y desta manera tenian á hija y á madre. Aunque toman muchas mujeres, á unas tienen por legítimas, á otras por amigas, y á otras por mancebas. Amiga llaman á la que después de casados demandaban, y manceba á la que ellos se tomaban. Los hijos de las mujeres que traen dote heredan al padre, y entre grandes señores heredaban los hijos de las del linaje del rey de Méjico, aunque tuviesen otros hijos mayores en mujeres dotadas.

#### Los ritos del matrimonio.

Siempre va la mujer á velarse á casa del marido, y ordinariamente va á pié, aunque en algunas partes traian la novia á cuestras, y si es señora, en andas sobre hombros. Sale á recibirla al umbral de la puerta el desposado, é inciénsala con un brasero de ascuas y resina olorosa; danle á ella otro, y sahúmale tambien á él; tómala por la mano y métela al tálamo, y asiéntanse ambos á dos junto al fuego en una estera nueva; llegan entonces unos como padrinos, y átanle las mantas una con otra. Estando así atados, da el novio á la novia unos vestidos de mujer, y ella á él vestidos de hombre. Traen luego la comida, y el esposo da de comer á la esposa de su mano, y tambien la desposada da de comer al desposado. Entre tanto que pasaban todas estas cosas y ritos de desposorio, bailaban y cantaban los convidados, y en alzando la mesa, hacíanles presentes porque los habian honrado, y no mucho después cenaban largamente, y con el regocijo y calor de las viandas, guisadas con mucho ají, bebían de tal suerte, que cuando venia la noche pocos faltaban de borrachos. Los novios solamente estaban en seso, por haber comido muy poco, que bien se mostraban en aquellos novios, y casi no comen en los cuatro dias primeros;

que todo su hecho era rezar, y sangrarse para ofrecer la sangre al dios de las bodas. No consumen matrimonio en todo aquel tiempo, ni salen de la cámara sino para la necesidad natural que nadie puede excusar, ó para el oratorio de casa, á sahumar los ídolos; creian que saliendo de otra manera fuera de la cámara, en especial ella, que habia de ser mala de su cuerpo; sahuman la cama cuando quieren dormir, y entonces, y cuando visitaban los altares, se vestían de la devisa del dios de las bodas. A la cuarta noche venian ciertos sacerdotes ancianos, y hacian la cama á los novios. Juntaban dos esteras nuevas flamantes, que nadie las hubiese estrenado; ponian en medio dellas unas plumas, una piedra chalchihuitl, que es como esmeralda, y un pedazo de cuero de tigre; tendian luego encima de todo ello las mejores mantas de algodón que habia en casa, ponian asimesmo á las esquinas de la cama hojas de cañas y puas de metl, decian ciertas palabras, é ibanse. Los novios sahumaban la cama y acostábanse. Esta era la propia noche de novios. Otro día luego por la mañana llevaban la cama con cuantas cosas tenia, y la sangre que el novio habia sacado á la novia, y la que entrambos se sangraron, sobre las hojas de caña, á ofrecer al templo; volvian los sacerdotes, y estándose bañando los novios sobre unas esteras verdes de espadañas, les echaba uno dellos con la mano cuatro veces agua, á manera de bendicion, en reverencia de Tlaloc, dios del agua, y otras cuatro á reverencia de Ometochtli, dios del vino. Empero si eran señores los novios, echábanles agua con un plumaje; vestían tras esto los novios de ropa nueva ó limpia; daban al novio un incensario bendito con que sahumase los ídolos de su casa, y ponian á la novia pluma blanca sobre la cabeza, y en las manos y piés pluma colorada; y en estando así emplumada, cantaban y bailaban los convidados, y bebían mejor que la otra vez; no hacian estas ceremonias los pobres ni esclavos; pero hacian algunas, y aquellas eran las que ligaban; ni tampoco guardaban estos ritos los que se casaban con sus mancebas; y dicen que si la madre ó padre de la amancebada requerian al que la tenia se casase con ella, pues tenia hijos, que el tal hombre, ó la tomaba por mujer, ó nunca mas á ella tornaba.

En Tlaxcallan y en otras muchas ciudades y repúblicas, por principal ceremonia y señal de casados se trasquilan los novios, por dejar los cabellos y lozanía de mozos, y criar de allí adelante otra manera de cabello. La esencial ceremonia que tienen en Michuacan es mirarse mucho y en hito los novios al tiempo que los velan, ca de otra manera no es matrimonio, pues parece que dicen no.

En Mixtecapán, que es una gran provincia, llevaban cierto trecho á cuestras al desposado cuando se casa, como quien dice: «Por fuerza te has de casar, aunque no quieras, para haber hijos.» Danse las manos los novios en fe y señal que se han de ayudar el uno al otro. Atanles asimesmo las mantas con un gran nudo, para que sepan cómo no se han de apartar.

Los mazatecas no se acuestan juntos la noche que los casan, ni consumen matrimonio en aquellos veinte dias; antes están todo aquel tiempo en ayuno y oracion, y como ellos dicen, en penitencia, sacrificándose los

cuerpos, y untando los hocicos de los ídolos con su propia sangre.

En Pánuco compran los hombres las mujeres por un arco y dos flechas y una red. No hablan los suegros con los yernos el primer año que se casan. No duermen con las mujeres después de paridas en dos años, porque no se tornen á empreñar antes de haber criado los hijos, aunque maman doce años; á esta causa tienen muchas mujeres. Nadie come de lo que tocan y guisan las que están con su camisa, sino son ellas mismas.

El divorcio no se hacía sin muy justas causas ni sin autoridad de justicia. Esto era en las mujeres legítimas, y públicamente casadas; que las otras con tanta facilidad se dejaban como se tomaban. En Michuacan se podían apartar jurando que no se miraban. En Méjico probando que era mala, sucia y estéril; mas, empero, si las dejaban sin causa ni mandamiento de los jueces, chamuscábanles los cabellos en la plaza, por afrenta y señal que no tenía seso. La pena del adulterio era muerte natural; moría también ella como él. Si el adúltero era hidalgo, emplumábanle, después de ahorcado, la cabeza. Pónenle un penacho verde, y quémánlo. Castigan tanto este delito, que no excusa la ley al borracho, ni á la mujer, aunque la perdona su marido. Por evitar adulterios consienten cantoneras, pero no hay mancebías públicas.

#### Costumbres de los hombres.

Hablando de mejicanos, es hablar en general de toda la Nueva-España. Son los hombres de mediana estatura, mas rehechos, leonados en color, los ojos grandes, las frentes anchas, las narices muy abiertas, los cabellos gordos, negros, largos, mas con garceta. Hay muy pocos crespos ni bien barbados, porque se arrancan y untan los pelos para que no nazcan. Algunos blancos hay, que se tienen por maravilla. Píntanse mucho y feo en guerra y bailes. Cúbrense de pluma la cabeza, brazos y piernas, ó con escamas de peces ó pieles de tigres y otros animales. Hácense grandes agujeros en las orejas y narices, y aun en la barbilla, en que ponen piedras, oro y huesos. Unos se meten allí uñas ó picos de águila, otros colmillos de animales, otros espinas de peces. Los señores, caballeros y ricos traían esto de oro ó piedras finas, hecho al propio; con lo cual andan galanes y bravos, á su pensar. Calzan unos zapatos como alpargates, pañicos por bragas. Visten una manta cuadrada, añudada al hombro derecho como gitanas. Los ricos, ó en fiestas, usan traer muchas mantas y de colores; en lo demás desnudos van. Casan á los veinte años, aunque los de Pánuco primero habían cuarenta. Toman muchas mujeres con ritos de matrimonio y muchas sin él. Puedenlas dejar, mas no sin causa, mayormente las legítimas. Son celosísimos; y así, las aporrea mucho. No traen armas sino en la guerra, y allí averiguan sus pendencias por desafíos. Los chichimecas no admiten mercaderes de fuera, que los demás hombres mucho tratan; empero sin verdad ninguna, y por eso compran y venden á daga y toma. Son muy ladrones, mentirosos y holgazanes. La fertilidad de la tierra debe causar tanta pereza, ó por no ser ellos codiciosos. Tienen ingenio, habilidad y sufrimiento en lo que hacen; y así,

han aprendido muy bien todos nuestros oficios, y los mas sin maestros y con la vista solamente. Son mansos, lisonjeros y obedientes, especial con los señores y reyes. Religiosísimos sobremanera, aunque cruelmente, según luego diremos. Danse muy mucho á la carnalidad, así con hombres como con mujeres, sin pena ni vergüenza. Agüeran mucho y á menudo; y así, tienen libros y doctores de los agüeros.

#### Costumbres de las mujeres.

Son las mujeres del color y gesto que sus maridos. Van descalzas, traen camisas de medias mangas, lo al descubierto anda. Crian largo el cabello, hácenlo negro con tierra por gentileza y porque les mate los piojos. Las casadas se lo rodean á la cabeza con ñudo á la frente; las vírgines y por casar lo traen suelto y echado atrás y adelante. Pélanse y úntanse todas, para no tener pelo sino en la cabeza y cejas; y así, tienen por hermosura tener chica frente y llena de cabello, y no tener colodrillo. Casan de diez años, y son lujuriosísimas. Paren presto y mucho. Presumen de grandes y largas tetas; y así, dan leche á sus hijos por las espaldas. Entre otras cosas con que se adoban el rostro, es leche de las pepitas de tezonapótl ó mamei, aunque mas lo hacen para no ser picadas de mosquitos, que huyen de aquella leche amarga. Cúranse unas á otras con yerbas, no sin hechicerías; y así, abortan muchas de secreto. Las parteras hacen que las criaturas no tengan colodrillo, y las madres las tienen echadas en cunas de tal suerte que no les crezca, porque se precian sin él. En lo demás, recias cabezas tienen, á causa de ir destocadas. Lávanse mucho, y entran en baños frios en saliendo de baños calientes, que parecé dañoso. Son trabajadoras, de miedo, y obedientes. No bailan en público, aunque escancian y acompañan á sus maridos en las danzas, si no se lo manda el Rey. Hilan teniendo el codo en una mano y el huso en la otra. Tuercen al revés que acá, estando el huso en una escudilla. No tiene hueca el huso, mas hilan aprieta y no maj.

#### De la vivienda.

Viven muchos casados en una casa, ó por estar juntos los hermanos y parientes, que no parten las herencias, ó por la estrechura del pueblo, aunque son los pueblos grandes, y aun las casas. P. can, alisan y amoldan la piedra con piedra. La mejor y mas fuerte piedra con que labran y cortan es pedernal verdinegro. También tienen hachas, barrenas y escoplos de cobre mezclado con oro ó plata ó estaño. Con palo sacan piedra de las canteras, y con palo hacen navajas de azabache y de otra mas dura piedra; que es cosa notable. Labran pues con estas herramientas tan bien y primo, que hay mucho que mirar. Pintan las paredes por alegría. Los señores y ricos usan paramentos de algodón con muchas figuras y colores de pluma, que es lo mas rico y vistoso, y esteras de palma sotilísimas, que es lo comun. No hay puertas ni ventanas que cerrar, todo es abierto; y por eso castigan tanto á los adúlteros y ladrones. Alumbrense con tea y otros palos, teniendo cera; que no es poco de maravillar. Así estiman y loan mucho ellos agorra las candelas de cera y sebo, y los candiles que arden

con aceite. Sacan aceites de chiya y otras cosas, para pinturas y medicinas, y saín de aves, peces y animales; mas no saben alumbrarse con ello. Duermen en pajas ó esteras, ó cuando mucho, mantas y pluma. Arriman la cabeza á un palo ó piedra, ó cuando mas, á un tajoneillo de hoja de palmas, en que también se sientan. Tienen unas silleas bajas, con espaldas de hojas de palma, para sentarse, aunque comunmente se asientan en tierra. Comen en el suelo y suciamente, ca se limpian á los vestidos, y aun agora parten los huevos en un cabello, que se arrancan, diciendo que así lo hacían antes, y que les basta. Comen poca carne, creo que por tener poca, pues comen bien tocino y puerco fresco. No quieren carnero ni cabron, porque les hiede; cosa de notar, comiendo cuantas cosas vivas hay, y aun sus mismos piojos, que es grandísimo asco. Unos dicen que los comen por sanidad, otros que por gula, otros que por limpieza, creyendo ser mas limpio comerlos que matarlos entre las uñas. Comen toda yerba que mal no les huelga; y así, saben mucho en ellas para medicinas; que sus curas simples son. Su principal mantenimiento es centli y chilli, su bebida ordinaria agua ó atulli.

#### De los vinos y borrachez.

No tienen vino de uvas, aunque se hallaron vides en muchas partes, y es de maravillar que habiendo cepas con uvas, y siendo ellos tan amigos de beber mas que agua, cómo no plantaban viñas y sacaban vino dellas. La mejor, mas delicada y cara bebida que tienen, es de harina de cacao y agua. Algunas veces le mezclan miel y harina de otras legumbres; esto no emborracha, antes refresca mucho, y por eso lo beben con calor y sudando. Hacen vino de maíz, que es su trigo, con agua y miel. Llámase atulli, y es muy comun bebrage en cada parte, y lo mesmo es de todas las otras sus semillas; pero no emborracha si no lo cuecen ó confeccionan con algunas yerbas ó raíces. En las comidas ordinarias contentáanse con ello, y aun con agua, que basta para sustentación de la vida; mas en partos, bodas y fiestas de sacrificios quieren bebida que los embeoda y desatinen; y entonces mezclan ciertas yerbas que, ó con su mal zumo ó con el olor pestífero que tienen, encalabrian y desatinan al hombre muy peor que vino puro de San Martín, y no hay quien les pueda sufrir el hedor que les sale de la boca, ni la gana que tienen de reñir, y matar al compañero. Cuando se quieren embriagar de veras, comen unas setillas crudas, que llaman teunacath, ó carne de Dios, y con el amargor que les ponen, beben mucha aguamiel ó su comun vino, y en chico rato quedan fuera de sentido; ca se les antoja ver culebras, tigres, caimanes y peces que los tragan, y otras muchas visiones que los espantan. Paréscelos que se comen vivos de gusanos, y como rabiosos, buscan quien los mate, ó ahórcanse. Cuecen también ajenjos con agua y harina de chiyan, que es como zaragatona, y hacen un vino amarguillo, que muchos lo beben sin que los amargue. Barrenan palmas y otros árboles, para beber lo que lloran. Beben el licor que destila un árbol, llamado mell, cocido con ocapatl, que es una raíz á quien, por su bondad, llaman medicina del vino. Poco es saludable, mucho es dañoso y emborracha gentil-

mente. No hay perros muertos ni bomba que así hiedan como el aliento del borracho deste vino. A los que se emborrachan fuera de las fiestas públicas y convites que hacían, con licencia del señor ó jueces, trasquilan en medio de la plaza y le derriban la casa, porque quien pierde el seso por su culpa no merece tener morada entre hombres de razon. Bebian para enloquecer, y locos, matábanse ó mataban á otros. Echábanse con sus hijas, madres y hermanas sin diferencia, y para tanto mal chica pena era. También se toman de vino después que son cristianos, ca les sabe mejor que los suyos; y para quitarles la embriaguez, á que tanto se dan, los hacían por justicia esclavos, y los vendían á cuatro ó cinco reales por un mes.

#### De los esclavos.

Quiero contar la manera que mejicanos tienen en hacer esclavos, porque es muy diferente de la nuestra. Los cativos en guerra no servían de esclavos, sino de sacrificados, y no hacían mas de comer para ser comidos. Los padres podían vender por esclavos á sus hijos, y cada hombre y mujer á sí mesmo. Cuando alguno se vendía, había de pasar la venta delante á lo menos de cuatro testigos.

El que hurtaba maíz, ropa ó gallinas era hecho esclavo, no teniendo de qué pagar, y entregado á la persona á quien primero hurtó. Si después de esclavo tornaba á hurtar, ó lo ahorecaban ó lo sacrificaban.

El hombre que vendía al libre por esclavo, era dado por esclavo á quien él quería vender; y esta ley se guardaba mucho, porque no vendiesen ni comiesen niños.

Tomaban por esclavos á los hijos, parientes y sabidores del traidor.

El hombre libre que dormía con esclava y la empreñaba, era esclavo del dueño de la tal esclava; aunque algunos contradicen esto, por cuanto muchas veces acontecía casarse los esclavos con sus amas, y las esclavas con sus señores; mas debía ser lícito en caso de casamiento, y no en deshonra del señor de la esclava.

Los hombres necesitados y haraganes se vendían, y los tahures se jugaban; pero no iban á servir hasta ser pasado un año de como hicieron la venta.

Las malas mujeres de su cuerpo, que lo daban de bakte si no las querían pagar, se vendían por esclavas por traerse bien, ó cuando ninguno las quería, por viejas ó feas ó enfermas; que nadie pide por las puertas.

Los padres vendían ó empeñaban un hijo que sirviese de esclavo; pero podían sacar aquel dando otro hijo, y aun había linajes encensados á substentar un esclavo; pero era grande el precio que se daba por el tal esclavo.

Cuando uno moría con deudas, tomaba el acreedor, si no había hacienda, al hijo ó á la mujer por esclavo; pero muchos dicen que no era así, y pudo ser que se obligasen con tal condicion, pues era permitido que se pudiesen vender los hombres libres á sí mesmos, y los padres á los hijos.

Ningun hijo del esclavo ni esclava, que es mucho mas, quedaba hecho esclavo, ni aunque fuese hijo de padre y madre esclavos.

Nadie podía vender su esclavo sin echarle primero argolla, y no se la echaban sin tener causa, y licencia de

la justicia. Era la argolla una collera de palo delgada, como arzon, que ceñía la garganta y salía al colodrillo, con unas puntas tan largas, que sobrepujaban la cabeza, ó que no se las pudiese desatar el argollado. A estos esclavos de argolla podían sacrificar, y á los que compraban de otras naciones, y ellos ser libres si podían acogerse á palacio en ciertas fiestas del año, y aun dicen que no se lo podían estorbar sino los amos ó sus hijos; que si otros los detenían, tenían pena de ser esclavos, y el esclavo era todavía libre.

Cada esclavo podía tener mujer y pegujal, del cual muchas veces se redemían; aunque pocos se rescataban, como ellos no trabajaban mucho y los mantenían los amos.

#### De los jueces y leyes.

Los jueces eran doce, todos hombres ancianos y nobles; tienen renta y lugares, que son propios de la justicia; determinan las causas sentadas. Las apelaciones iban á otros dos jueces mayores, que llaman tecuitlato, y que siempre solían ser parientes del señor, y están con él, y llevan ración de su despensa y plato. Consultan con los señores cada mes una vez todos los negocios, y en cada ochenta días vienen los jueces de la provincia á comunicar con los de la ciudad y con el rey ó señor los casos arduos y cosas ocurrientes, para que proveyesen y mandase lo que mas convenia. Había pintores, como escribanos, que notaban los puntos y términos del litigio; pero ningun pleito dicen que pasaba de ochenta días. Los alguaciles eran otros doce, cuyo oficio era prender y llamar á juicio, y su traje mantas pintadas, que de lejos se conociesen. Los recaudadores del pecho y tributos traían ventallas, y en algunas partes unas varas cortas y gordas. Las cárceles eran bajas, húmedas y oscuras, para que temiesen de entrar allí. Juraban los testigos poniendo el dedo en tierra, y luego en la lengua, y este era el juramento de todos; y es como decir que dirán verdad con la lengua por la tierra que los mantiene; otros lo declaran así: «Si no dijéremos verdad, lleguemos á tal extremo que comamos tierra.» Algunas veces nombran, cuando así juran, el dios del crimen y cosa sobre que es el pleito ó negocio que se trata. Tresquilan al juez que cohecha ó toma presentes, y quitanle el cargo, que era grandísima mengua. Cuentan de Nezauapilcintli que ahorcó en Tezcucó un juez por una injusta sentencia que dió, sabiendo lo contrario, y hizo ver á otros el pleito.

Matan al matador sin excepcion ninguna.

La mujer preñada que lanzaba la criatura, moría por ello: era este un vicio muy comun entre las mujeres que sus hijos no habían de heredar.

La pena del adulterio era muerte.

El ladrón era esclavo por el primer hurto, y ahorcado por el segundo.

Muere por justicia con grandes tormentos el traidor al Rey ó república.

Matan la mujer que anda como hombre, y al hombre que anda como mujer.

El que desafía á otro, sino estando en la guerra, tiene pena de muerte.

En Tezcucó, según algunos dicen, mataban á los pu-

tos. Debieron establecer esta pena Nezauapilcintli y Nezaualcóyo, que fueron justicieros, y libres de aquel pecado; y tanto mas son de loar, cuanto no se castiga en otros pueblos que lo usan públicamente, habiendo mancebía, como en Pánuco.

#### De las guerras.

Los reyes de Méjico tenían continua guerra con los de Tlaxcallan, Pánuco, Michuacan, Tecoahtepac y otros para ejercitarse en las armas, y para, como ellos dicen, haber esclavos que sacrificar á los dioses y cebar á los soldados; pero la causa mas cierta era porque ni les querían obedecer, ni recibir sus dioses; ca el estilo por do crecieron tanto los mejicanos en señorío fué por dar á otros sus dioses y religion, y si no los recibían rogándoles con ellos, dábanles guerra hasta subjectarlos y introducir su religion y ritos. Movían tambien guerra cuando les mataban sus embajadores y mercaderes; pero no la hacían sin primero dar parte al pueblo, y aun dicen que entraban en la consulta mujeres viejas, que, como vivían mas que los hombres, se acordaban de cómo se habían hecho las guerras pasadas. Determinada pues la guerra, enviaba el Rey mensajeros á los enemigos á pedir las cosas robadas, y tomar alguna satisfacción de los muertos, ó requerir que pusiesen entre sus dioses al de Méjico, y tambien porque no dijese que los tomaban desaparecidos y á traicion. Entonces los enemigos, que se sentían poderosos á resistir, respondían que aguardarían en el campo con las armas en mano; y si no, allegaban muy buenos plumajes, tejuelos de oro y plata, piedras y otras cosas de precio, y enviábanse las, y demandaban perdón, y á Vitcilopuchilli, para lo poner y tener igual de sus dioses provinciales. Tomaban á los que hacían esto por amigos, y poníanles algunos tributos; á los que se defendían, si los vencían, tenían por esclavos, que llaman ellos, y éranles muy pecheros. Al soldado que revelaba lo que su señor ó capitán quería hacer, castigaban como á traidor, y crudelísimamente; ca le cortaban entrambos bezos, las narices, las orejas, las manos por junto al codo, y los piés por los tobillos; en fin, lo mataban y repartían por barrios, ó por escuadrones si era en los ejércitos, para que viniese á noticia de todos; y hacían esclavos á los hijos y parientes, y á los que habían sido sabidores de la traicion. No bebían vino que emborrachase los que andaban en guerra, sino el que hacían de cacao, maíz y semillas. Emplazábanse los unos enemigos á los otros para la batalla, la cual siempre era campal, y se daba entre términos. Llamán quiahltalé al espacio y lugar que dejan yermo entre raya y raya de cada provincia para pelear, y es como sagrado. Juntas las huestes, hacia señal el rey de Méjico de arremeter al enemigo, con un caracol que suena como corneta; el señor de Tezcucó con un atabalejo que llevaba echado al hombro, y otros señores con huesos de pescados que chillan mucho como caramillos; al recoger hacían otro tanto. Si el estandarte real caía en tierra, todos huían. Los tlaxcaltecas tiraban una saeta; si sacaban sangre al enemigo, tenían por muy cierto que vencerían la batalla, y si no, creían que les iría muy mal; aunque, como eran valientes, no dejaban de pelear. Tenían como por reliquias

unas dos flechas que diz que fueron de los primeros pobladores de aquella ciudad, que habían sido hombres victoriosos. Lévanlas siempre á la guerra los capitanes generales, y tiraban con ellas ó con la una á los enemigos para tomar agüero, ó para encender los suyos á la batalla; unos dicen que las echaban con trailla, por que no se perdiese; otros que sin ella, para que su gente, en arremetiendo luego, no diese vagar á los contrarios que la tomasen y quebrasen. Daban gritos, que los ponían en el cielo cuando acometían; otros aullaban, y otros silbaban de tal suerte, que ponían espanto á quien no estaba hecho á semejante vocería. Los de tierra de Teouacan de una vez tiraban dos y tres y cuatro flechas; todos en general traían fiadas al brazo las espadas; huían para revolver de nuevo y con mayor ímpetu; antes querían cativar que matar enemigos; jamás soltaban á ninguno, ni tampoco lo rescataban, aunque fuese capitán. El que prendía señor ó capitán contrario, era muy galardonado y estimado; quien soltaba ó daba á otro el cativo que prendía en batalla, moría por justicia, por ser ley que cada uno sacrificase sus prisioneros; el que hurtaba ó quitaba por fuerza algun preso en guerra, moría tambien, porque robaban cosa sagrada y la honra, y, como ellos dicen, el esfuerzo ajeno. Mataban á los que hurtaban las armas del señor y capitán general ó los atavíos de guerra; porque lo tenían por señal de ser vencidos. No querían, ó no podían, los hijos de señores, siendo mancebos, traer plumajes, vestidos ricos, ni ponerse collares ni joyas de oro, hasta haber hecho alguna valentía ó hazaña en la guerra, muerto ó prendido algun enemigo. Saludaban primero al cativo que á quien le cativó, y toda la tierra le daba el parabien al tal caballero, como si trunfara. Dende en adelante se ataviaba ricamente de oro, pluma y mantas de color ó pintadas; poníase en la cabeza ricos y vistosos plumajes, atados á los cabellos de la coronilla con correas coloradas de tigre; que todo era señal de valiente.

#### De los sacerdotes.

A los sacerdotes de Méjico y toda esta tierra llamaron nuestros españoles papas, y fué que, preguntados por qué traían así los cabellos, respondían papa, que es cabello; y así, les llamaban papas; ca entre ellos llamacazque se dicen los sacerdotes, ó tlenamacaque, y el mayor de todos, que es su perlado, achemauhli, y es grandísima dignidad. Aprenden y enseñan los misterios de su religion á boca y por figuras; mas no los comunican ni descubren á legos, so gravísima pena. Hay entre ellos muchos que no se casan, por la dignidad, y que son muy notados y castigados si llegan á mujer. Dejan crecer todos estos sacerdotes el cabello sin jamás lo cortar ni peinar ni lavar, á cuya causa tenían la cabeza sucia y llena de piojos y liendres; pero los que hacían esto eran santones; que los otros lavábanse las cabezas cuando se bañaban, y bañábanse muy á menudo; y así, aunque traían los cabellos muy largos, traíanlos muy limpios; bien que criar cabellos, de suyo es sucio. El hábito de los sacerdotes es una ropa de algodón blanca, estrecha y larga, y encima una manta por capa, añudada al hombro derecho, con madejas de algodón hilado por orlas y rapacejos. Tiznábanse los

días festivos, y cuando su regla mandaba, de negro las piernas, brazos, manos y cara, que parecían diablos. Había en el templo de Vitcilopuchilli de Méjico cinco mil personas al servicio de los ídolos y casa, según en otra parte dije; pero no todos llegaban á los altares. Las herramientas, vasos y cosas que tenían para hacer los sacrificios, eran los siguientes: muchos braseros grandes y pequeños, unos de oro, otros de plata, y los mas de tierra; unos para incensar las estatuas, y otros en que tener lumbré; la cual nunca se había de matar, ca era ruin señal morirle, y castigaban reciamente á los que tenían cargo de hacer y atizar el fuego. Gastábanse ordinariamente quinientas cargas de leña, que son mil arrobas de nuestro peso, y muchos días había de entre año, de quemar mil y quinientas arrobas. Tambien incensaban con los brasericos á los señores; que así hicieron á Cortés y á los españoles cuando entró en el templo y derrocó los ídolos; incensaban asimesmo los novios, los consagrados, las ofrendas, y otras mil cosas. Perfuman los ídolos con yerbas, flores, polvos y resinas; pero el mejor humo y lo comun es el que llaman copalli, el cual parece incienso, y es de dos maneras: uno era arrugado, que llaman xolochcopalli; en Méjico está muy blando, en tierra fria estaria duro; quiere nacer en tierras calientes, y gastarse en frías. El otro es una goma de Copalquahuitlan, buena, que muchos españoles la tienen por mirra. Punzan el árbol, y sin punzarlo, sale y destila gota á gota un licor blanco que luego se cuaja, y dello hacen unos panecillos como de jabón que se traslucen; este era su perfecto olor en sacrificios, y preciada ofrenda de dioses. Desta goma, mezclada con aceite de olivas, se hace muy buena trementina, y los indios hacen della sus pelotas. Tienen lancetas de azabache negro, y unas navajas de á jeme, hechas como puñal, mas gordas en medio que á los filos, con que se jasan y sangran de la lengua, brazos, piernas, y de lo que tienen en devocion ó voto. Es aquella piedra dura en grandísima manera, y hay otras de la mesma suerte y metal de piedra, pero de muchos colores. Cortan las navajas por entrambas partes, y cortan bien y dulcemente; y si aquella piedra no fuese tan vidriosa, es como hierro, pero luego salta y se mella. Destas navajas hay infinitas en el templo, y cada uno las tiene en su casa para sus sacrificios y para cortar otras cosas. Tienen asimesmo los sacerdotes puas de metl, con que se pican; y para tomar la sangre que se sacan, tienen papel, hojas de caña y metl; tienen pajuélas, cañas y sogas para tocar y pasar por las heridas y agujeros que se hacen en las orejas, lenguas, manos, y otros miembros que no son para decir. Hay en cada espacio de los templos que está de las gradas al altar, una piedra como tajón, hincada en el suelo y alta una vara de medir; sobre la cual recuestan á los que han de ser sacrificados. Tienen un cuchillo de pedernal, que llaman ellos tecpacitl; con estos cuchillos abren los hombres que sacrifican, por las ternillas del pecho. Para coger la sangre tienen escudillas de calabazas, y para rociar con ella los ídolos unos hisopillos de pluma colorada; para barrer las capillas y placeta donde está el tajón tienen escobas de plumas, y el que barre

nunca vuelve las nalgas á los dioses, sino va siempre barriendo cara tras. Con tan pocos ornamentos y aparejo hacian la carnicería que después oíréis.

De los dioses mejicanos.

Ya puse la hechura y grandeza de los templos, cuando conté la magnificencia de Méjico; aquí diré solamente que los tenían siempre muy limpios, blancos y bruñidos, y los altares muy adornados y ricos. Colgaban de las paredes cueros de hombres sacrificados, embutidos de algodón, en memoria de la ofrenda y cautiverio que dellos había hecho el Rey; mas cuanto los templos eran limpios, tanto estaban sucios los ídolos, de la mucha sangre que continuamente les echaban y de la goma que les pegaban. No había número de los ídolos de Méjico, por haber muchos templos, y muchas capillas en las casas de cada vecino, aunque los nombres de los dioses no eran tantos; mas empero afirman pasar de dos mil dioses, que cada uno tenía su propio nombre, oficio y señal; como decir Ometochtli, dios del vino, que preside á los convites, ó causa que haya vino; tiene sobre la cabeza un ó como mortero, donde le echan vino cuando celebran su devota fiesta, y celébrala muy á menudo y como el santo lo manda. A la diosa del agua, que dicen Maltalcuie, visten camisa azul, que es el color de agua. A Tezcatlipuca ponian antojos, porque siendo la providencia, debía de mirarlo todo. En Acapulco había ídolos con gorras como las nuestras; adoran el sol, el fuego, la agua y la tierra, por el bien que les hacen; adoran los truenos, los relámpagos y rayos, por miedo; adoran á unos animales por mansos y á otros por bravos, aunque no sé para qué tenían ídolos de mariposas; adoraban la langosta porque no les comiese los panes; las pulgas y mosquitos porque no los picasen de noche, y las ranas porque les diese peces. Y aconteció á unos españoles que iban á Méjico, en un pueblo de la laguna, que pidiendo de comer otra cosa que pan, les dijeron que no tenían peces después que su capitán Cortés les llevó su dios del pescado; y era porque entre los ídolos que les derribó, como hacia en cada lugar, estaba el de la rana; á la cual tenían por diosa del pescado, que cantando los convidaba á ello. Si la respuesta fué de lo creer así, simples eran; mas si fué de maliciosos, gentilmente se excusaron de darles á comer. Quizá adoraban la rana porque, siendo todos los otros peces mudos, ella sola parece que habla.

Cómo el diablo se aparece.

Hablaba el diablo con los sacerdotes, con los señores y con otros, pero no á todos. Ofrecían cuanto tenían al que se le aparecía; aparecíaselos de mil maneras, y finalmente, conversaba con todos ellos muy á menudo y muy familiar, y los bobos tenían á mucho que los dioses conversasen con los hombres; y como no sabían que fuesen demonios, y oían á su boca muchas cosas antes que aconteciesen, creían cuanto les decían; y porque él se lo mandaba, le sacrificaban tantos hombres, y le traían pintado consigo de tal figura, cual se les mostró la primera vez; pintábanle á las puertas, en los bancos y en cada parte de la casa; y como se les

aparecía de mil trajes y formas, así lo pintaban de infinitas maneras, y algunas tan feas y espantosas, que se maravillaban nuestros españoles; pero ellos no lo tenían por feo. Creyendo pues estos indios al diablo, habían llegado á la cumbre de crueldad, so color de religiosos y devotos; y éranlo tanto, que antes de comenzar á comer, tomaban un poquillo, y lo ofrecían á la tierra ó al sol; de lo que bebían, derramaban alguna gota para dios, como quien hace salva; si cogían grano, fruta ó rosas, quitábanle alguna hojuela antes de olerla, para ofrenda; el que no guardaba estas y semejantes cosillas, no tenía á dios en su corazón, y como ellos dicen, era mal criado con los dioses.

Desollamiento de hombres.

De veinte en veinte dias es fiesta festival y de guardar, que llaman tonalli, y siempre cae el día postrero de cada mes. Pero la mayor fiesta del año, y donde mas hombres se matan y comen, es de cincuenta y dos en cincuenta y dos años. Los de Tlaxcallan y otras repúblicas celebran estas fiestas, y otras muy solemnes, de cuatro en cuatro años.

El postrer día del mes primero, que llaman tlacaxipeualiztli, matan en sacrificio cien esclavos, los mas cativos de guerra, y selos comen. Juntábase todo el pueblo al templo. Los sacerdotes, después de haber hecho muchas ceremonias, ponían los sacrificados uno á uno, de espaldas sobre la piedra, y vivos los abrían por los pechos con un cuchillo de pedernal; arrojaban el corazón al pié del altar como por ofrenda, untaban los rostros al Vitcilopuchtli, ó á otro con la sangre caliente, y luego desollaban quince ó veinte dellos, ó menos, segun era el pueblo y los sacrificados; revestíanse los otros tantos hombres honrados, así sangrientos como estaban; ca eran abiertos los cueros por las espaldas y hombros; cósiense los que viniesen justos, y después bailaban con todos los que querían. En Méjico se vestía el rey un cuero destos, que fuese de principal cativo, y regocijaba la fiesta bailando con los otros desfilados. Toda la gente se andaba tras él por verle tan fiero, ó como ellos dicen, tan devoto. Los dueños de los esclavos se llevaban sus cuerpos sacrificados, con que hacían plato á todos sus amigos; quedaban las cabezas y corazones para los sacerdotes; embutían los cueros de algodón ó paja, y ó los colgaban en el templo, ó en palacio, por memoria; mas esto era habiéndolo prendido el Rey, ó algun tecuilli; iban al sacrificadero los esclavos y cativos de guerra con los vestidos ó divisa del ídolo á quien se ofrecían; y sin esto, llevaban plumajes, guirnaldas y otras rosas, y las mas veces los pintaban ó emplumaban, ó cubrían de flores ó yerba. Muchos dellos, que mueren alegres, andan bailando, y pidiendo limosna para su sacrificio por la ciudad; cogen mucho, y todo es de los sacerdotes. Cuando ya los panes estaban un palmo altos, iban á un monte que para tal devoción tenían diputado, y sacrificaban un niño y una niña de cada tres años, á honra de Tlaloc, dios del agua, suplicándole devotamente por ella si les faltaba, ó que no les faltase. Estos niños eran hijos de hombres libres y vecinos del pueblo; no les sacaban los corazones, sino

degollábanlos. Envolvíanlos en mantas nuevas, y enterábanlos en una caja de piedra.

La fiesta de Tozoztli, que ya los maizales estaban crecidos hasta la rodilla, repartían cierto pecho entre los vecinos, de que compraban cuatro esclavitos, niños de cinco hasta siete años, y de otra nación. Sacrificábanlos á Tlaloc porque lloviese á menudo; cerrábanlos en una cueva que para esto tenían hecha, y no la abrían hasta otro año. Tuvo principio el sacrificio destos cuatro mochachos, de cuando no llovió en cuatro años, ni aun cinco, á lo que algunos cuentan; en el cual tiempo se secaron los árboles y las fuentes, y se despobló mucha parte desta tierra, y se fueron á Nicaragua.

El mes y fiesta de Hueitozotli, estando ya los panes criados, cogía cada uno un manojito de maíz, y venían todos á los templos á ofrecerlo con mucha bebida, que llaman atulli, y que se hace del mismo maíz; y con mucho copalli para sahumar los dioses que crían el pan. Bailaban toda aquella noche, y ni sacrificaban hombres ni hacían borracheras.

Al principio del verano y de las aguas celebran una fiesta que llaman Tlaxuchimaco, con todas las maneras de rosas y flores que pueden; ofréncelas en el templo, engrinaldando los ídolos con ellas. Gastan todo aquel día bailando. Para celebrar la fiesta de Tecuilhuitl se juntaban todos los caballeros y principales personas de cada provincia, á la ciudad que era la cabeza; la vigilia en la noche vestían una mujer de la ropa ó insignias de la diosa de la sal, y bailaban con ella todos. En la mañana sacrificábanla con las ceremonias y solemnidad acostumbrada, y estaban el día en mucha devoción, echando incienso en los braseros del templo. Ofrecían y comían grandes comidas en el templo el día de Teutleco, diciendo: «Ya viene nuestro dios, ya viene.» Debía ser que llamaban al diablo á comer con ellos.

Los mercaderes, que tenían templo por sí, dedicado á dios de la ganancia, hacían su fiesta en Miccaihuitl, matando muchos esclavos comprados; guardaban fiesta, comían carne sacrificada, y bailaban.

Solemnizaban la fiesta de Ezalcoaliztli, que también era consagrada á los dioses del agua, con matar una esclava y un esclavo, no de guerra, sino de venta. Treinta dias ó mas antes de la fiesta ponían dos esclavos, hombre y mujer, en una casa, que comiesen y durmiesen juntos como casados, y llegado el día festival, vestían á él las ropas y divisa de Tlaloc, y á ella las de Maltalcuie, y hacíanles bailar todo el día, hasta la media noche, que los sacrificaban; no los comían como á otros, sino echábanlos en un hoyo que para esto tenía cada templo.

La fiesta Uchpaniztli sacrificaban una mujer; desollábanla, y vestían el cuero á uno; el cual bailaba con todos los del pueblo dos dias arreo, y ellos ataviábanse muy bien de mantas y plumajes.

Para la fiesta de Quechollí salía el señor de cada pueblo con los sacerdotes y caballeros á caza, para ofrecer y matar todo lo que cazasen, en los templos del campo. Llevaba gran repuesto y cosas que dar á los que mas fieras tomasen, ó mas bravas fuesen, como decir leones, tigres, águilas, víboras y otras grandes sierpes; toman

las culebras á manos, y mejor hablando, á piés; porque se atan los cazadores la yerba picietli á los piés, con la cual adormecen las culebras; no son tan enconadas ni ponzoñosas como las nuestras, sino son las de Almería. Toman eso mesmo las culebras del cascabel, que son grandes, tocándoles con cierto palo. Sacrificaban este día todas las aves que tomaban, desde águilas hasta mariposas; toda suerte de animalias, de león á raton, y de las que andan arrastrando, de culebra hasta gusanos y arañas; bailaban, y volvíanse al pueblo.

El día de Hatamuztli guardaban la fiesta en Méjico entrando en la laguna con muchas barcas, y anegando un niño y una niña metidos en una acalli, que nunca mas pareciesen, sino que estuviesen en compañía de los dioses de la laguna. Comían en los templos, ofréncian muchos papeles pintados; untaban los carrillos á los ídolos con ulli, y tal estatua había que le quedaba la costra de dos dedos de aquella goma.

Quando hacían la fiesta de Tititli bailaban todos los hombres y mujeres tres dias con sus noches, y bebían hasta caer; mataban muchos cativos de los presos en las guerras de lejos tierras.

Sacrificios de hombres.

Por honra y servicio del ídolo de fuego regocijaban la fiesta que llaman Xocotheueci, quemando hombres vivos. En Tlacopan, Coyouacan, Azcapuzalco, y otros muchos pueblos, levántaban la vispera de la fiesta un gran palo rollizo como mástil; hincábanlo en medio del patio ó á la puerta del templo; hacían aquella noche un ídolo de toda suerte de semillas, envolvíanlo en mantas benditas, y liábanlo porque no se deshiciese, y á la mañana poníanlo encima del palo. Traían luego muchos esclavos de guerra ó comprados, atados de piés y manos; echábanlos en una muy grande hoguera que para tal efecto tenían ardiendo; y medio asados, los sacaban del fuego, y los abrían, y sacaban los corazones, para hacer las otras solemnidades; bailaban tras esto el día todo al rededor del palo, y á la tarde derribaban el mástil con su dios en tierra; cargaba luego tanta gente por tomar algun granillo ó migaja del ídolo, que muchos se ahogaban. Creían que comiendo de aquello los hacia valientes hombres.

En la fiesta de Izcalli sacrificaban muy muchos hombres, y todos esclavos y cativos, á reverencia del dios del fuego. La principal ceremonia era vestir á un prisionero los vestidos del dios del fuego, y bailar mucho con él, y cuando andaba cansado matábanlo también como á sus compañeros.

Donde mas cruelmente solemnizan esta fiesta, es en Cuahuítlan; aunque no la celebran cada año, sino de cuatro en cuatro años. A las visperas desta fiesta hincaban seis árboles muy altos en el patio, que todos los viesen, y los sacerdotes degollaban dos mujeres esclavas delante los ídolos en lo alto de las gradas; desollábanlas enteras y con sus caras, bendíanles los muslos y sacábanles las canillas. Otro día luego de mañana tornaban todos al templo á los oficios; subían dos hombres principales del pueblo á lo alto, y vestíanse los cueros de aquellas desolladas; cubrían sus caras con las dellas, como máscaras; tomaban sendas canillas en